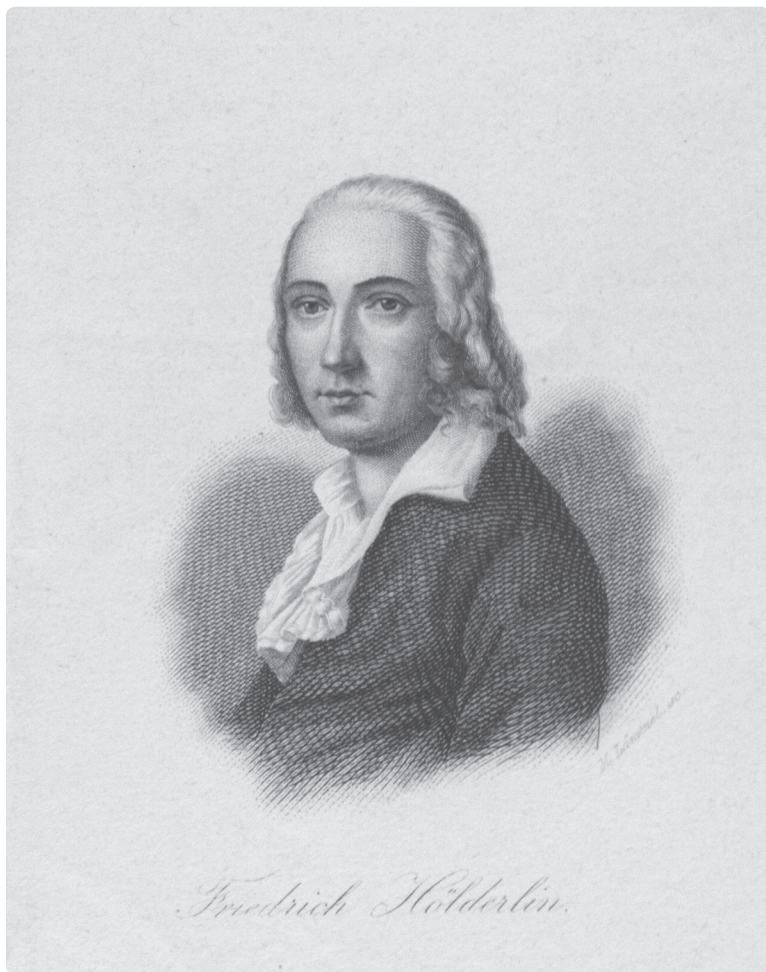




TÍTULO ORIGINAL: *Hyperion oder der Eremit in Griechenland*

© de la traducción al castellano: Eduardo Gil Bera, 2024

Comte Borrell, 51, 3.º 1.ª, 08015 Barcelona  
Tel.: 934 438 225 · info@editorialflaneur.cat

Impresión: Imprenta Kadmos  
Diseño de la colección: Cocu  
Maquetación: María Peinado  
Diseño de las guardas: Carla Bautís  
El diseño del logotipo de Flâneur es de Cocu;  
la ilustración es de Dani Vergés  
Imagen de la cubierta: Propileo del Templo de Deméter  
(ca. 1890), Eleusis, Grecia. Autor desconocido  
Imagen de Hölderlin: grabado de Karl Mortiz Lämmel,  
Wien Museum  
Correcciones: Oriol Gálvez

La traducción de este libro ha recibido  
una ayuda del Goethe-Institut



**GRUP**  
CONFITERIA



**GOETHE**  
**INSTITUT**

# Hiperión

o el eremita en Grecia

---

Friedrich Hölderlin

*Traducción de Eduardo Gil Bera*

*Seguido de «Fragmento de Hiperión»*



FLÂNEUR. Barcelona 2024

## ÍNDICE

|                              |            |
|------------------------------|------------|
| <b>HIPERIÓN</b>              | <b>7</b>   |
| <b>Volumen primero</b>       | <b>9</b>   |
| Libro primero                | 15         |
| Libro segundo                | 69         |
| <b>Volumen segundo</b>       | <b>129</b> |
| Libro primero                | 133        |
| Libro segundo                | 175        |
| <b>FRAGMENTO DE HIPERIÓN</b> | <b>227</b> |

## HIPERIÓN

## **Volumen Primero**

*Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est.*

Es divino no estar contenido por lo más grande,  
y sí por lo más pequeño.

IGNACIO DE LOYOLA, epitafio en  
*Imago primi sæculi Societatis Iesu*

*Advertencia preliminar*

Me gustaría prometerle a este libro el amor de los alemanes. Pero temo que unos lo leerán como un compendio y se interesarán en particular por la moraleja del cuento, mientras que otros se lo tomarán a la ligera, y ninguno de ellos lo entenderá.

Quien se limite a oler mi planta no la conocerá, y tampoco quien la recoja solo para aprender de ella.

El análisis de las disonancias en un determinado personaje no está destinado a la mera reflexión ni al disfrute vacío.

El escenario donde sucedió la historia que viene a continuación no es nuevo, y confieso que alguna vez llegué a ser lo bastante infantil como para intentar cambiar el libro en ese sentido, pero finalmente acabé por convencerme de que era el único adecuado para el personaje elegíaco de Hiperión, y me avergoncé de haber cedido de manera tan desmedida al posible juicio del público.

Lamento que aún no sea posible hacerse una idea del diseño al completo, pero la segunda parte se publicará lo antes posible.



## Libro primero

### *Hiperión a Belarmino*

El amado suelo patrio vuelve a darme alegría y tristeza.

Ahora acudo cada mañana a las alturas del istmo de Corinto y, como la abeja entre las flores, mi alma vuela sin parar de acá para allá entre los mares que refrescan a derecha e izquierda las estribaciones de mis montes resplandecientes.

Una de las dos bahías me habría regocijado en especial de haber estado yo aquí hace un milenio.

Entre la magnífica naturaleza salvaje del Helicón y el Parnaso, donde el amanecer juega sobre mil cumbres nevadas, y la llanura paradisíaca de Sición, la bahía brillante se adelantaba como un semidiós triunfante hacia la ciudad del gozo, la juvenil Corinto, y vertía ante su amada las riquezas saqueadas de todas partes.

Pero ¿qué significa eso para mí? El aullido del chacal, que hace sonar su salvaje canción fúnebre bajo los montones de escombros de la Antigüedad, me despierta sobresaltado de mis sueños.

¡Dichoso el hombre a quien alegra y conforta el corazón una patria floreciente! Cuando alguien me recuerda la mía, es como si me arrojaran al barro, como si clavarán sobre mí la tapa del ataúd; y siempre que alguien me llama griego, siento como si me apretara la garganta con el collar de un perro.

Y mira, querido Belarmino, si a veces se me escapaba una palabra por ese motivo, y si me asomaban lágrimas de ira en los ojos, entonces venían esos señores sabios que se pavonean tan satisfechos entre vosotros los alemanes, esos miserables a quienes un ánimo sufriente les viene a propósito para colocar sus aforismos, se hacían los amistosos y se dignaban decirme: «¡No te quejes, actúa!».

¡Oh, cuánto mejor si no hubiera actuado nunca! ¡Cuánto más rico sería en tantas esperanzas!

¡Sí, olvida que hay hombres, corazón necesitado, contrariado, mil veces disgustado! Vuelve al lugar de donde saliste, a los brazos de la naturaleza inmutable, serena y bella.

### *Hiperión a Belarmino*

No tengo nada de lo que pueda decir: esto es mío.

Mis seres queridos están lejos y muertos, y ya no hay nadie que me hable de ellos.

Mi negocio en la tierra ha terminado. Me puse a trabajar con todo el ahínco, derramé mi sangre por mi cometido, y con ello no enriquecí al mundo en un solo céntimo.

Desconocido y solitario, vuelvo a mi patria y vago a través de ella, que yace en derredor como un cementerio, y acaso me aguarda el cuchillo del cazador para el que los griegos somos una pieza cotizada como el venado del bosque.

Pero ¡tú, sol del cielo, todavía brillas! ¡Y tú, tierra sagrada, aún te cubres de verde! Aún desembocan los ríos en el mar y murmuran al mediodía los árboles sombríos. El canto delicioso de la primavera acompaña mis pensamientos mortales mientras duermo. La abundancia del mundo pleno de vida alimenta y sacia de embriaguez mi ser necesitado.

¡Oh, naturaleza bendita! No sé qué me pasa cuando levanto los ojos ante tu belleza, pero en las lágrimas que lloro ante ti, amor de los amores, está todo el placer del cielo.

Todo mi ser enmudece y escucha cuando la tierna ola del aire juega alrededor de mi pecho. Perdido en el azul inmenso, muchas veces levanto la vista hacia el éter y la inclino hacia el mar sagrado, y es como si un espíritu afín me abriera sus brazos, y como si el dolor de la soledad se disolviera en la vida de la divinidad.

Ser uno con todo, esa es la vida de la divinidad, ese es el cielo del hombre.

Ser uno con todo lo que vive, volver, en un bienaventurado olvido de sí mismo, al universo de la naturaleza, esa es la cumbre de los pensamientos y las alegrías, esa es la cima sagrada, el lugar del descanso eterno, donde el mediodía pierde su calor sofocante y el trueno su voz, y el mar hirviente se asemeja a las ondulaciones de los campos de cereal.

¡Ser uno con todo lo que vive! Con esa consigna, la virtud deja su armadura enojada, y el espíritu del hombre su cetro, y todos los pensamientos desaparecen ante la imagen del mundo eternamente unificado, como las reglas del artista combativo ante su Urania, y el destino de bronce renuncia a su imperio, y desaparece la muerte de la alianza de los seres, y una inseparabilidad y una juventud eterna deleitan y embellecen el mundo.

¡En esa cumbre estoy muchas veces, mi querido Belarmino! Pero un momento de reflexión me expulsa de ella. Lo pienso, y me encuentro como estaba antes, solo, con todos los dolores de la condición mortal, y el asilo de mi corazón, el mundo eternamente unido, se ha ido; la naturaleza cierra sus brazos y me quedo como un extraño frente a ella, y no la entiendo.

¡Ay, si no hubiera asistido nunca a vuestras escuelas! La ciencia, a la que seguí en mi búsqueda de profundidad, y de la que esperaba, con insensatez juvenil, la confirmación de mi alegría pura, me ha echado todo a perder.

Entre vosotros me volví del todo razonable y me distancié de manera radical de lo que me rodea, y ahora estoy aislado en el bello mundo, he sido expulsado del jardín de la naturaleza, donde crecía y florecía, y me estoy secando al sol del mediodía.

¡Oh! El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona, y cuando se le pasa el entusiasmo, se queda como un hijo díscolo al que su padre echó de casa y contempla los míseros céntimos que la compasión le ha dado por el camino.

*Hiperión a Belarmino*

Te agradezco que me hayas pedido que te cuente cosas mías y me hayas hecho traer a la memoria los tiempos pasados.

También me hizo volver a Grecia el querer estar más cerca de mis juegos de juventud.

Como un trabajador en el sueño reparador, mi ser contrariado se hunde muchas veces en los brazos del pasado inocente.

¡Calma de la infancia! ¡Calma celestial! ¡Cuántas veces estoy en silencio ante ti, en contemplación amorosa, y quisiera pensar en ti! Pero solo nos hacemos una idea de lo que fue una vez malo y luego se hizo bueno; de la infancia y la inocencia no tenemos la menor idea.

Cuando yo era todavía un niño, y no sabía nada de todo lo que nos rodea, ¿acaso no era más que ahora, después de todos los esfuerzos de mi corazón, y de todos los pensamientos y luchas?

¡Sí! El niño es un ser divino hasta que no se disfraza con los colores de camaleón del adulto.

Es enteramente lo que es, y por eso es tan hermoso.

La coerción de la ley y el destino no le afectan; en el niño no hay más que libertad.

Está en paz consigo; aún no se ha arruinado a sí mismo. Hay riqueza en él; su corazón no conoce la mezquindad de la vida. Es inmortal, porque no sabe nada de la muerte.

Pero los adultos no lo pueden soportar. Lo divino tiene que volverse como uno de ellos, tiene que enterarse de que ellos también están ahí, y antes de que la naturaleza lo expulse de su

paraíso, los adultos lo engatusan y lo arrastran al campo de la maldición, para que se mate trabajando, como ellos, con el sudor de su frente.

Pero también la época del despertar es bella, con tal de que no nos despierten a deshora.

¡Oh, esos días sagrados en que nuestro corazón extiende sus alas por primera vez! Esos días en que, rebosantes de crecimiento fogoso, nos erguimos en el mundo espléndido, como cuando la planta joven se abre al sol de la mañana y tiende sus pequeños brazos hacia el cielo infinito.

¡Cómo vagaba sin rumbo por las montañas y la orilla del mar! ¡Ay, cuántas veces me sentaba con el corazón palpitante en las alturas de Tina, y seguía con la vista a los halcones y las grullas, y a los barcos audaces y felices, cuando se iban desvaneciendo hasta hundirse en el horizonte!

¡Por allá abajo, me decía, por allá abajo andarás tú también un día! Y para mí era como cuando un desfallecido se arroja al baño refrescante y derrama el agua espumosa por su frente.

Después regresaba a casa suspirando. Y muchas veces pensaba: ¡si se hubieran acabado al menos los años escolares!

¡Buen chico! Aún están lejos de acabar.

¡Qué cerca cree tener la meta el hombre en su juventud! Es el más hermoso de todos los engaños con que la naturaleza ayuda a la debilidad de nuestro ser.

Y muchas veces, cuando me tendía entre las flores y tomaba el sol en la tierna luz primaveral, y miraba hacia arriba, al azul

sereno que abrazaba la tierra cálida, y cuando me sentaba bajo los olmos y los sauces en el seno de la montaña, después de una lluvia refrescante, y cuando las ramas aún temblaban tocadas por el cielo y se movían nubes doradas sobre el bosque goteante, o cuando se alzaba la estrella vespertina, llena de espíritu de paz, junto a los antiguos adolescentes, los demás héroes del cielo, y yo veía así cómo la vida seguía moviéndose en ellos a través del éter, en su eterno orden sin esfuerzo, y la calma del mundo me rodeaba y se alegraba de que yo prestara atención y escuchara sin saber qué me pasaba..., entonces yo preguntaba en voz baja: «¿Tú me amas, buen padre que estás en los cielos?». Y sentía su respuesta tan segura y feliz en mi corazón.

¡Oh, tú, al que llamaba como si estuvieras sobre las estrellas y nombraba creador del cielo y de la tierra, ídolo amistoso de mi infancia, no te enfades porque te haya olvidado! ¿Por qué no está el mundo lo bastante necesitado como para buscar a Otro aparte de ti?<sup>1</sup>

Ah, y si la naturaleza espléndida es hija de un padre, ¿no es el corazón de la hija su corazón? Y lo más íntimo de ella, ¿no es Él? Pero ¿lo he resuelto entonces? ¿Acaso lo conozco?

Es como si viera... Sin embargo, entonces me asusto otra vez, como si lo que acabo de ver fuera mi propia figura, como si lo sintiera a él, al espíritu del mundo, pero me despierto y creo que apretaba mis propios dedos.

<sup>1</sup> No será necesario recordar que expresiones semejantes, como meros fenómenos de la mente humana, no deberían, en buena ley, escandalizar a nadie. *(Nota de Hölderlin.)*